

Viernes 17 de junio, 2022

CACERÍA DE VENADO

EN LA ÉPOCA TOLTECA-CHICHIMECA
TLAYACAPAN, MORELOS



RAÚL FRANCISCO GONZÁLEZ QUEZADA | EDSSEL RAFAEL ROBLES MARTÍNEZ
JORGE ALBERTO LÍNARES RAMÍREZ

CACERÍA DE VENADO

EN LA ÉPOCA TOLTECA-CHICHIMECA, TLAYACAPAN, MORELOS



RAÚL FRANCISCO GONZÁLEZ QUEZADA

EDSEL RAFAEL ROBLES MARTÍNEZ

JORGE ALBERTO LINARES RAMÍREZ

La zona arqueológica de Tula en el actual estado de Hidalgo, presentó un primer momento de crecimiento en un sector de la ciudad denominado Tula Chico, durante los años 600 al 900 de nuestra era. Ese período de la ciudad resultó sincrónico al crecimiento de Xochicalco, aunque las relaciones entre ambas ciudades son aún poco entendidas en el contexto macroregional. A ese período se le ha denominado en la cronología arqueológica de América Media como el Epiclásico, por encontrarse inmediatamente después de período teotihuacano, considerado como el momento "Clásico" cultural de América Media. Epiclásico significa en este contexto, el momento inmediatamente posterior al período Clásico, ya que el prefijo "epi" significa sobre o encima.

Posteriormente, durante los años 900 a 1200 de nuestra era, la ciudad tolteca crece y adquiere hegemonía económica, política y cultural, convirtiéndose en un gran centro de gestión de intercambio comercial de grandes y complejos sistemas de comercio que involucraron gran parte de América Media. Artefactos y materias primas eran intercambiados y procedían desde puntos tan lejanos entre sí como Centroamérica o el Suroeste de Estados Unidos. A este período se le ha denominado en la cronología arqueológica como el Posclásico Temprano y justamente lo marca el fenómeno tolteca.

El sector de la ciudad de Tula que creció durante este período ha sido denominado como Tula Grande, y es el que abriga la mayor monumentalidad del sitio, donde se encuentra la gran pirámide de *Tlahuizcalpantecuhtli*. En su cima actualmente muestra las icónicas columnas de los guerreros toltecas ampliamente conocidas como atlantes, por ser este el término que se le asignaba en griego a las columnas con figuras humanas masculinas.

En el período de esplendor tolteca la ciudad de Xochicalco mostraba claros procesos de desestructuración y muy posiblemente un grado avanzado de disolución impactando el sistema de asentamientos que en el estado de Morelos estaban asociados a esta ciudad. En la Cuenca de México se ha calculado que existió un gran crecimiento en el número de sitios ocupados del período Epiclásico hacia el Posclásico Temprano, donde hubo un incremento de 120 a 421, mientras que, en el valle de Yautepéc en Morelos, este número creció de 120 a 149 (Smith 2006). Es decir, Morelos mostró relacionamente un incremento en el número de sitios, aunque no en la misma proporción que en la Cuenca de México, sin embargo, es bien probable, que este aumento haya sido efecto, por un lado, de la disolución de sistema xochicalca, y, por otro lado, como efecto del importante crecimiento de los sitios en la Cuenca de México.

Aspecto de los llamados atlantes de Tula, así como de otras pilastras y columnas, antes de ser colocados en la sección alta de la pirámide de Tlahuizcalpantecuhtli, copiando el orden del Templo de los Guerreros de Chichén Itzá (Fotografía tomada de <https://www.mEDIATECA.inah.gob.mx/> fechada alrededor de 1945). Los atlantes y el resto de columnas y pilastras fueron colocadas en la sección alta del templo en el año de 1958.



A finales del siglo XII, es decir, al finalizar el Posclásico Temprano, se desplegó la llamada incursión chichimeca comandada por Xólotl en la Cuenca de México. Se trataba de pueblos que, según los mitos de origen conservados, habrían arribado finalmente, tras un largo período de migración desde tierras norteñas. Finalmente, estos chichimecas habrían consolidado su asentamiento central inicial en el norte de la Cuenca en el sitio de Tenayuca. Su identidad cultural los ligaba míticamente con la cacería, y un modo de vida asociado a sus orígenes en zonas semidesérticas. A las tierras de Morelos de hecho, grupos de estas migraciones considerados como tlahuicas y xochimilcas, arribarían entre el año 1200 y 1220 de nuestra era. Aunque no llegarían a espacios despoblados, sino sobre un mosaico complejo de asentamientos previos, donde terminarían por construir identidades únicas en estos valles y cañadas morelenses.

Los grupos hegemónicos del período Posclásico Tardío (1350-1521 años de nuestra era), se considerarían a sí mismos, como herederos de las tradiciones toltecas y chichimecas de esos períodos anteriores.

En la comunidad de Tlayacapan, Morelos, las investigaciones arqueológicas en la cima del cerro El Tlatoani permitieron identificar una ocupación que abarca los años de 1000 y hasta el 1250 de nuestra era como el mayor momento de ocupación de la parte alta del cerro. Esto es, abarca el período de mayor crecimiento de Tula Grande hasta su disolución, gran parte del momento de desaparición del sistema xochicalca, así como el comienzo del período de la incursión xochimilca con la tradición tolteca y chichimeca a cuestras.

Aspecto general de la Zona Arqueológica El Tlatoani desde el sur. Se advierte como el cerro fue profusamente terracedo fundamentalmente durante la época tolteca, para lograr los espacios de habitación. En la cima se localizan los restos de un templo que tenía entre otras funciones, el culto a Tláloc. (Foto del Fondo Proyecto de Investigación y Conservación de la Zona Arqueológica El Tlatoani, 2022).



Sobre el cerro El Tlatoani se construyeron una serie de terrazas donde se desplantaron distintos momentos de ocupación. En una de las terrazas localizamos durante las exploraciones arqueológicas los restos de un altar cuyo contenido incluía un asta de venado expuesta al fuego. Esta terraza es parte de un agrupamiento 25 de éstas, edificadas con muros de mampostería y núcleos de tierra y piedra, estos muros no muestran cementante y mantienen formas curvilíneas y una orientación general de sus muros hacia el sur y este, aunque los muros se extienden con una proyección general este-oeste.

Las terrazas muestran una historia de momentos sucesivos de ocupación, que van desde la roca original de cerro donde en algunos puntos hemos encontrado conjuntos de petrograbados, hasta la construcción de pequeños altares, unidades habitacionales y talleres domésticos, así como también muros sucesivos que muestran las ampliaciones de momentos constructivos de adecuación de estos espacios a la pendiente del cerro.

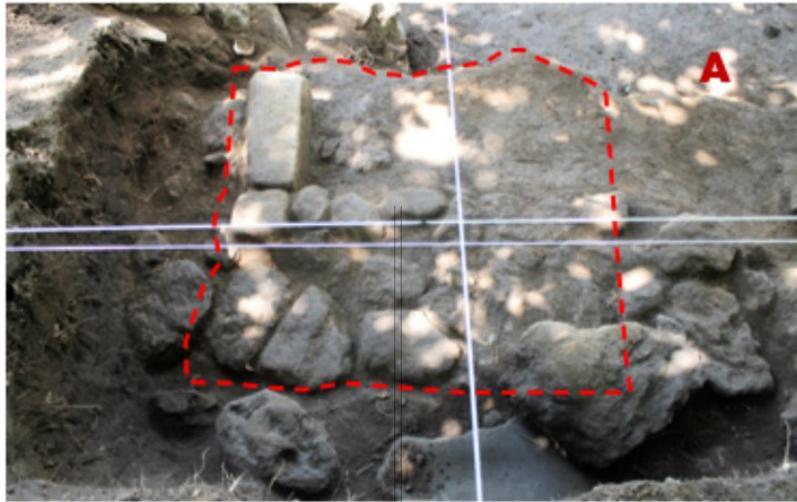
Terraza TB10 de la Zona Arqueológica El Tlatoani, Tlayacapan, Morelos, donde fue identificado el altar cuyo contenido incluía un asta de venado con exposición al fuego. (Foto del Fondo Proyecto de Investigación y Conservación de la Zona Arqueológica El Tlatoani, 2014).

En un sector de la exploración arqueológica logramos identificar los restos de un elemento arquitectónico que formó una especie de altar rectangular con un empedrado como superficie de uso y algunos sillares como límites.

La excavación en su interior permitió descubrir una serie de elementos asociados y dispuestos de manera sucesiva. El altar fue edificado y sus contenidos incluidos en un solo momento. Al fondo y como primer elemento se colocó un par de vasijas cerámicas del tipo Anaranjado I Noreste de Morelos, sincrónico al tipo Azteca I de la Cuenca de México, y en el interior de una de estas piezas se localizaron pequeños fragmentos de un asta de venado que fue expuesta al fuego.

Todo ello se rellenó con tierra y se selló con una mezcla de gravilla de toba volcánica y mortero de tierra formando un piso. Sobre éste se colocaron en un conjunto la mayor parte de la misma asta de venado parcialmente quemada, y sobre ella, una serie de fragmentos de vasijas cerámicas que unen parcialmente pero no logran formar piezas completas. Finalmente se aumentó el relleno con tierra, y finalmente se colocó un empedrado.





Secuencia fotográfica de algunos momentos de la excavación del altar en la Terraza B10 de la Zona Arqueológica El Tlatoani, indicado con una línea punteada en rojo. A) Aspecto inicial de la identificación de los restos del altar. B) Localización de un conjunto de fragmentos de vasijas fragmentadas incompletas. C) Bajo la concentración de fragmentos de vasijas cerámicas anteriores se localizó este conjunto de fragmentos de asta de venado expuestos al fuego, sobre un piso. D) Piso de gravilla de toba volcánica y mortero de tierra uniforme que sirve de clausura ritual del primer nivel de la compleja ofrenda. E) Bajo el piso se localizó al fondo del depósito del altar, un cajete Anaranjado Pulido Noreste de Morelos, sincrónico al tipo Anaranjado Pulido Azteca I de la Cuenca de México. (Fotos del Fondo Proyecto de Investigación y Conservación de la Zona Arqueológica El Tlatoani, 2014).

En la capa de fragmentos de vasijas cerámicas se recuperaron numerosos ejemplares que unían formando parcialmente una olla de gran formato, aunque no completa. Además, se rescataron cuantiosas secciones de piezas cerámicas que unían parcialmente, pero tampoco se completaban vasijas enteras, la mayoría correspondían a ollas, cazuelas, cajetes, comales y en menor medida a braseros.



Dos vistas del cajete en la sección más profunda al interior del altar de la Terraza B10 de la Zona Arqueológica El Tlatoani. Corresponde al tipo cerámico Anaranjado Pulido Noreste de Morelos, sincrónico al tipo Anaranjado Pulido Azteca I de la Cuenca de México, en su interior había pequeños fragmentos del asta de venado.



representación de un cajete trípode con una pata de venado, para asegurar la buena cacería, representado en la lámina 65 del Códice Borgia. (Foto del Fondo Proyecto de Investigación y Conservación de la Zona Arqueológica El Tlatoani, 2014).

Aunque se puede inferir el orden completo del ritual para la construcción del altar, puesto que, además, se localizaron otros objetos importantes, nos enfocaremos particularmente en la presencia del asta de venado. Una pequeña porción de candil del asta se colocó en el cajete al fondo del altar y el resto del ejemplar se colocó sobre el segundo piso del mismo como ya hemos señalado. Los fragmentos que se recuperaron en total incluyen al menos cuatro candiles, secciones de tallo e incluso una parte del medallón con huella de corte. Por el color diferencial de los fragmentos expuestos al fuego, se puede inferir que se mantuvo en exposición por un tiempo prolongado y algunos fragmentos alcanzaron temperaturas entre 7000C y 10000C adquiriendo un color gris claro a blanquecino, mientras que otros con color gris oscuro a negro alcanzarían entre 1500C y 3000C (Talavera et al. 2001:24-25).

Lo más probable es que el venado fue el resultado de la cacería, porque muestra huellas de corte de un ejemplar en momentos en que éste se encontraba aún fresco, y no se trata de un ejemplar de recolección, pues recordemos que los venados mudan sus astas y bien se pueden recuperar en recorridos por el bosque. El hueso de las astas de venado tiene como una de sus características la rápida pérdida de humedad y el asta en cuestión, fue sometida a la exposición térmica cuando aún se encontraba fresca, por lo que no debió transcurrir mucho tiempo entre el momento de la caza del individuo y la realización del ritual donde se expuso al fuego.

Fragmentos de cuatro candiles y algunos fragmentos de tallo de asta de venado cola blanca (*Odocoileus virginianus*) expuesta al fuego. El ejemplar fue recuperado del interior de un altar en la terraza B10 de la Zona Arqueológica El Tlatoani, Tlayacapan, Morelos en el año 2014.



El ejemplar recuperado le perteneció a un individuo macho adulto de un *mazatl* o venado cola blanca (*Odocoileus virginianus*), con un buen estado de salud al momento de la caza, pues el número de candiles y el diámetro del medallón son efecto de una buena alimentación.

En la Sierra de Chichinauhtzin todavía en la actualidad se han reportado avistamientos de venado cola blanca, y es altamente probable que en el bosque al norte de Tlayacapan hubieran existido comunidades de venados que habitaran sistemáticamente el área.

La elección de un individuo macho adulto para la cacería es indicio de una práctica cinegética sensible a los ciclos de vida de esta especie. Al evitar la caza de hembras y cervatillos se contribuye al sostenimiento de la población, y claro está, a la disponibilidad para consumos futuros.

No cabe duda que el correcto estado de salud del ejemplar cazado es efecto también de la presencia de un medio escasamente impactado por la actividad humana, donde el animal podía localizar fácilmente alimento de manera abundante y sistemática, lo que lo llevó a presentar el diámetro robusto del medallón y la abundancia de candiles de un ejemplar en buen estado de salud y bien desarrollado.

La cacería del venado tiene la pretensión de recuperar carne para el consumo, pero también implicó relevantes elementos sígnicos al interior del sistema de valores locales. Además, las astas de venado podían ser utilizadas, como base para la elaboración de artefactos al presentar la característica de ser flexibles al sumergirse en agua por períodos prolongados, y adquirir gran dureza y tenacidad al secarse. Por ello es que se elaboraban con ellas percutores para la producción de navajillas de obsidiana, mangos de cuchillo, cinceles, punzones, husos para macacates, agujas, y adornos.

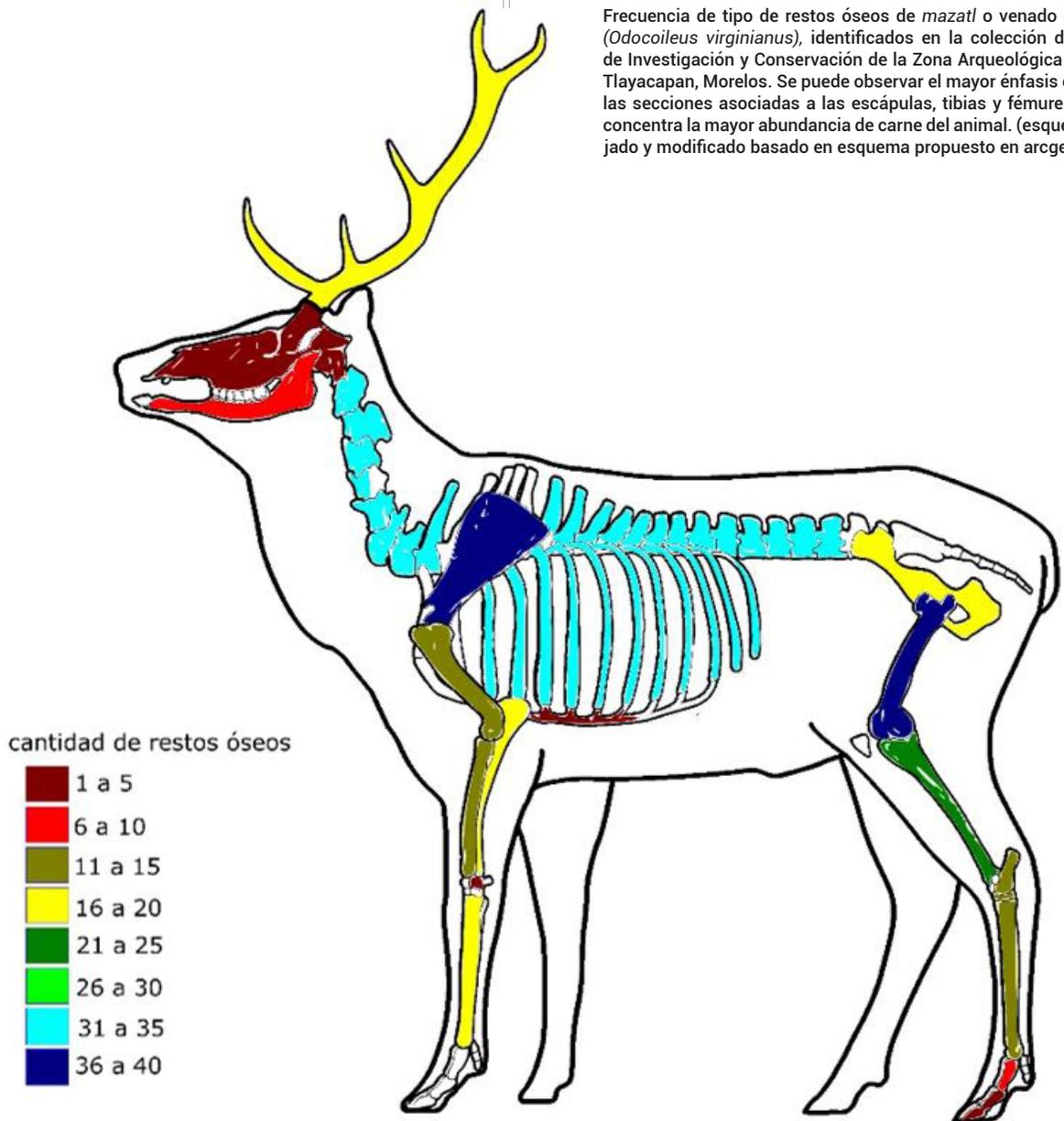
Perspectiva desde el cerro El Tlatoani hacia el norte, un espacio intraserrano de transición al bosque, donde se han reportado hasta la actualidad avistamientos esporádicos de venado cola blanca. (Fondo Fotográfico del Proyecto de Investigación y Conservación de la Zona Arqueológica el Tlatoani, Tlayacapan, Morelos, 2016).



En el año 2021 se logró realizar el análisis de la totalidad de la colección de restos óseos de fauna del proyecto arqueológico de la zona arqueológica El Tlatoani, considerando las temporadas de excavación desde el 2012 hasta el 2016. Se alcanzaron analizar 1601 restos óseos, 608 de estos resultaron vertebrados que corresponden a ciertos reptiles, aves y mamíferos con susceptibilidad de haber sido adquiridos por medio de la cacería. De entre los mamíferos se contaron con felinos, pumas, nutrias de río, pecaríes de collar, ardillas, tuzas, liebres tordas, conejos y venados. Sin embargo, de los mamíferos, la abrumadora mayoría en la colección corresponde a venado cola blanca con el 72 % de la muestra.

El análisis muestra que del animal los huesos menos presentes corresponden al cráneo, vértebras, falanges y mandíbula, y estos huesos representan un aporte cárnico bajo. En contraste resalta la abundancia de costillas y vértebras, aunque hay que considerar que su número relativo se reduce como porción del animal, si consideramos que son huesos concatenados de los más abundantes del esqueleto. Pero sin lugar a dudas, las secciones del animal más abundantes están asociadas a los huesos del fémur y tibia, además de las escápulas, todos los cuales están asociados a un mayor aporte cárnico.

Frecuencia de tipo de restos óseos de *mazatl* o venado cola blanca (*Odocoileus virginianus*), identificados en la colección del Proyecto de Investigación y Conservación de la Zona Arqueológica El Tlatoani, Tlayacapan, Morelos. Se puede observar el mayor énfasis en el uso de las secciones asociadas a las escápulas, tibias y fémures, donde se concentra la mayor abundancia de carne del animal. (esquema redibujado y modificado basado en esquema propuesto en arcgeoZoo. Org).



De manera moderada se presentan también astas, metacarpos, metatarsos, húmeros, cúbitos y radios, los primeros tres corresponden a piezas con bajo aporte cárnico, sin embargo, eran susceptibles de ser empleados para generar herramientas.

La representación no proporcional de los restos óseos que integran el esqueleto de los venados responde a una estrategia cinegética, y es altamente probable que la captura de las presas se realizaba en el bosque de la Sierra de Chichinaultzin al norte inmediato de Tlayacapan. Tras la captura se elegía transportar sólo los elementos que tenían mayor importancia para los habitantes de El Tlatoani, y por ello, se privilegiaron las piezas con mayor aporte cárnico y aquellas que servían de soporte para generar artefactos.

Fragmentos de escápula, asta y falanges de venado cola blanca (*Odocoileus virginianus*), de la colección de material óseo animal de la Zona Arqueológica El Tlatoani, Tlayacapan. Morelos.



Además de la identificación del venado de manera abundante en la colección de material óseo arqueológico, contamos con registros numerosos también de representaciones de venados en la pintura rupestre en Tlayacapan. Mientras que existen una cantidad relevante de representaciones de cuadrúpedos que podrían ser otro tipo de animal, existen algunos signos claramente con los elementos del venado macho con astas y candiles. Este tipo de pintura pertenece al período Posclásico (900-1521 años de nuestra era), y se resolvieron con una técnica con pintura blanca a base de carbonatos. En Teopoztlán también han sido ampliamente registradas también las representaciones de venados en pintura rupestre (Valdovinos 2019).

La cacería es una estrategia de producción de alimentos que ha acompañado a la humanidad desde sus inicios. En América Media se ha logrado identificar actividad de caza de venado desde comienzos del período Holoceno, el cual se gestó hace 9 700 años antes de nuestra era.

En Morelos se han localizado arqueológicamente la cacería de venado desde el período llamado Preclásico Temprano (1500 a 1200 años antes de nuestra era), tanto en Chalcatzingo, en el municipio de Jonacatepec, como en Nexpa, en el municipio de Tlaquiltenango.

Las sociedades en América Media a partir del establecimiento de asentamientos humanos permanentes basados en la producción de alimentos de origen agrícola, han mantenido actividades cinegéticas prácticamente hasta nuestros días. La cacería es una práctica que adquirió, además, un alto poder simbólico asociada a mitos vinculados con la guerra, el sacrificio, así como con los poderes religioso y político.



Venados representados en la pintura rupestre de Tlayacapan, el primero corresponde a un sitio en San José de los Laureles, y el otro al de la Cueva del Gallo. (Fondo fotográfico del Proyecto de Investigación y Conservación de la Zona Arqueológica El Tlatoani, Tlayacapan, Morelos 2014).

Los grupos de tradición tolteca-chichimeca arribaron a los valles morelenses en el siglo XII, incluyendo Tlayacapan donde llegaron grupos xochimilcas. La región del actual Morelos en apariencia también habría formado parte del *chichimecatlalli* (tierra chichimeca) al haber sido sometida por el mismo Xólotl desde su capital en Tenayuca. Estos pueblos venidos desde el norte, tenían como referente cultural el vínculo con sus antepasados dedicados a la cacería. En la Historia Tolteca Chichimeca se menciona que, en su migración, al arribar al *Tlachihualtepetl* (cerro hecho a mano) para "hacer su adoración" los *tepilhuan chichimeca* o descendientes de los chichimecas colocaron conejo y venado (Kirchhoff et al. 1976:179), efecto de la cacería.

En múltiples fuentes etnohistóricas donde los pueblos del centro de México abordan su ancestralidad chichimeca se recurre sistemáticamente a la idea de la cacería, la cual se muestra en el tipo de vestimenta, en las armas y utensilios de caza, así como en la representación de captura y sacrificio de las presas.

El Mapa Tlotzin y el Mapa Quinatzin son dos fuentes etnohistóricas del siglo XVI que fueron de utilidad para el cronista Fernando de Alva Ixtlilxóchitl en la redacción de su obra *Historia de la Nación Chichimeca*. En ambas se puede observar escenas de caza de venado a manos de chichimecas. En la lámina 1 del Mapa Quinatzin donde se indican los rituales de fundación de asentamientos chichimecas y toma de tierras, se observa, por ejemplo, a un cazador chichimeca vestido con piel animal (*ehuatl*) y calzado (*cactli*), porta como implemento de caza un arco (*tlahuitolli*) y tres flechas (*mitl*). Su larga cabellera negra (*quechtzontli*) está adornada con un tocado de heno (*pachxochitl*) como muestra de rango social. Al flechar al venado (*mazatl*), éste voltea a observar al cazador, y muestra la lengua como índice que está en proceso de perder la vida al haber sido herido. Entre ambas figuras se observa un árbol y nos permite saber, además, que el escenario se encuentra al margen de asentamiento humano, que se efectúa directamente en el *mazamilli* o campo del venado.

Primera escena de cacería incluida en la 1 del Mapa Quinatzin, donde el chichimeca coronado con heno flecha a su presa en el *mazamilli* o campo del venado.





Escena de cacería de un venado macho adulto que es atravesado por dos largas flechas, el cual es cargado por dos chichimecas que no están armados. (Tomado del Mapa de Cuauhtinchan núm. 2., Sección J (Carrasco y Sessions 2010))

En el Mapa de Cuauhtinchan núm. 2, documento pictográfico donde se narra en parte la ascendencia chichimeca de los *cuauhtinchantlaca*, se muestra de manera reiterada los elementos culturales asociados a este orden cultural, donde se observa la vestimenta de personajes con piel de animal, el uso de tocados de plumas, los pies descalzos y el uso de arco y flechas. En este documento se pueden ver distintos momentos de cacería de venado con flechas que lo atraviesan, así como su manipulación, donde incluso se destaza al animal en el espacio de cacería relacionados con el venado y un paisaje con connotaciones simbólicas asociadas al sacrificio.

A poco menos de un siglo de haber sucedido la invasión española en América Media, el celo religioso del obstinado presbítero Hernando Ruiz de Alarcón que buscaba identificar y erradicar lo que él nombra "supersticiones y costumbres gentílicas" lo hizo recorrer comunidades del actual estado de Morelos, Puebla y Guerrero. En el pueblo de San Agustín Oapan, en Guerrero, identificó un "encanto y conjuro" que usaban las comunidades locales para cazar venados, el cual se practicaba hacia la segunda o tercera década del siglo XVII. En este ritual se identifican una serie de elementos relevantes del sistema de valores vinculados con la cacería de este animal que se reiteraban desde épocas antiguas. El proceso ritual implicaba actividades previas a la cacería, que incluían el barrido de la casa del cazador frente a las tres piedras del tlecuil, y seguidamente también se realizan actos rituales en el espacio de cacería, vinculados con la trampa. (Dehouve 2009:299-302)

El dominico Fray Diego Durán que vivió a por algún tiempo en la comunidad de Hueyapan en el noreste del estado de Morelos, anota en su obra sobre la Historia de la Indias de la Nueva España, algunos elementos asociados a la deidad tlaxcalteca de Camaxtli. En la obra está claro que el Camaxtli tlaxcalteca no es otro que Mixcóatl, y revela en un apunte que los sacerdotes de este ídolo enseñan todavía a finales del siglo XVI, cuando él escribe, conjuros de cacería para asegurar que la presa no huya y, por el contrario, se acerque a los lazos y redes. El fraile describe un orden muy parecido al conjuro que relatara Alarcón para el pueblo de Oapan, donde se hace sacrificio y oración en los umbrales de la casa y también saludos, sacrificios y promesas al llegar al campo de entregar al fuego “la gordura de la caza”. (Durán 1880:134)

En América Media la presencia del venado y Mixcóatl como deidad de la cacería están íntimamente relacionadas, vinculados con el poder, la guerra y el sacrificio. Existen fuertes relaciones entre la actividad cinegética y la marcial. El cazador se identifica e intercambia roles simbólicos con su presa. Se desarrolló un fuerte vínculo ritual entre el sacrificio y el poder simbolizados por la cacería. La cacería al haber sido heredada a las sociedades agrícolas desde tiempos remotos, se mantiene como actividad productiva secundaria, altamente relevante y en relación signica con las acciones rituales agrícolas. Animales cazados, guerreros sacrificados y maíces cosechados eran tratados en algún momento a nivel ritual en la expectativa de la regeneración. (Olivier 2015:648)

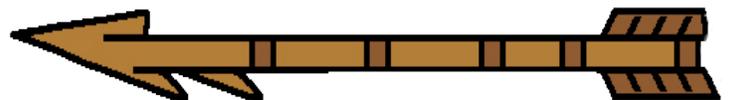
La construcción del mito coloca como padres de *Quetzalcóatl* a *Mixcóatl* y a *Chimalman*. *Mixcóatl* es cazador, guerrero y guía de los chichimecas. *Mixcóatl* convertido en venado es muerto como presa, *Quetzalcóatl* entra al inframundo para regenerar los huesos de su padre, pero solamente lo logra reestablecer como venado. Así, este mito se reitera en el ritual de cada cacería, donde el cazador sale en búsqueda de los huesos de *Mixcóatl*, lo caza, y guarda nuevamente parte de sus huesos para su regeneración (Dehouve 2009:305-306).

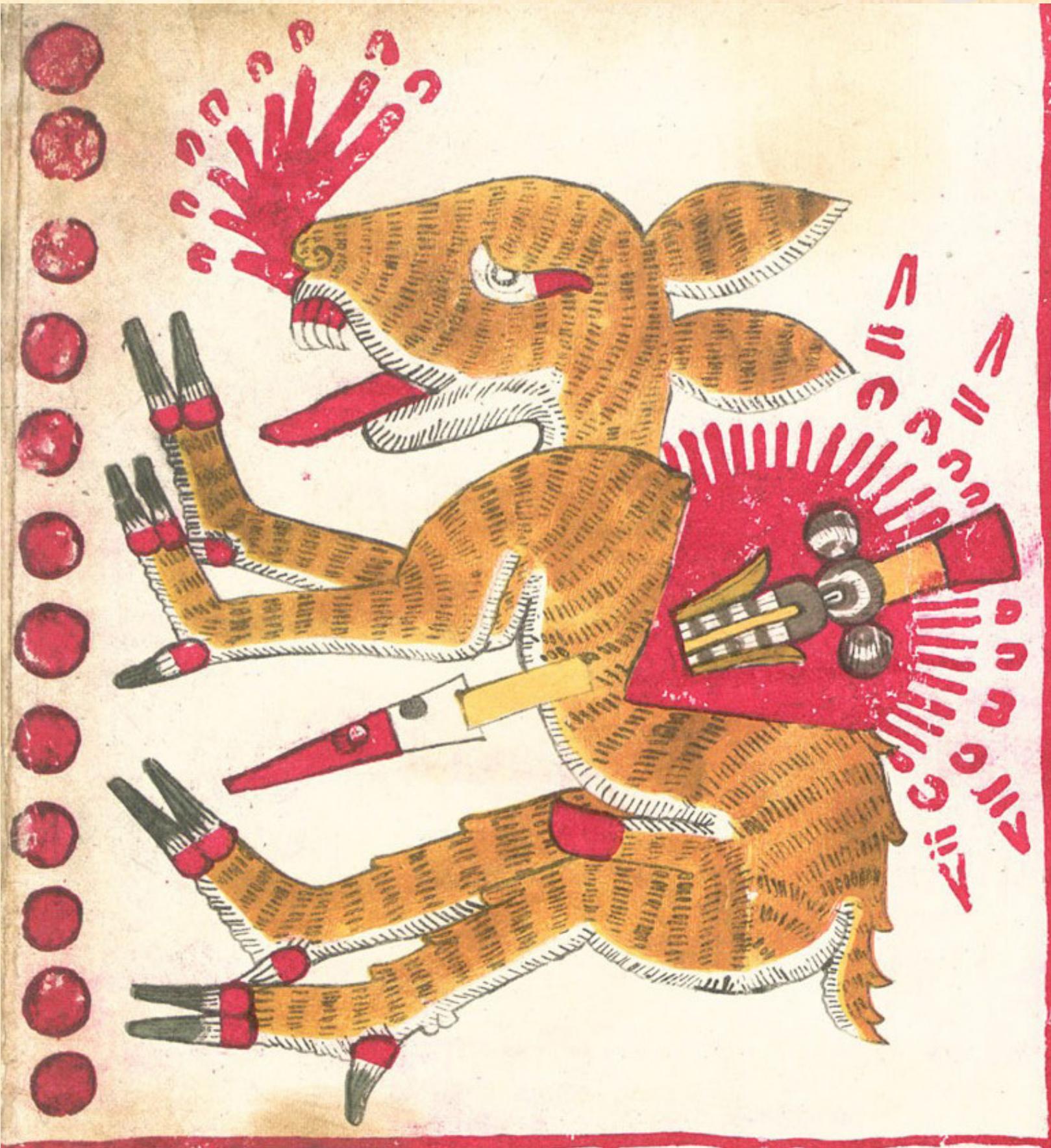
El venado era por momentos, la representación de Piltzintecuhtli (El Noble Señor), dios solar. Por otro nombre, era el propio Mixcóatl, “Serpiente de Nube”, deidad de la cacería y la guerra. Era también llamado por su nombre calendárico como in tlamacazqui Chicomexochitl o Sacerdote Siete Flor, e incluso es nombrado como Teohtlalhuah (Tierras de Dioses). (Olivier 2015:212)

La disposición del tratamiento ritual del venado en el orden calendárico se puede observar, por ejemplo, en la lámina 22 del Códice Borgia. Ahí aparecen asociados a las trecenas del Oriente y del Norte, dos momentos del tratamiento del venado, el primero es el de la cacería del venado macho rojo que es atravesado por una gran flecha sobre su lomo y se encuentra agonizante, y el segundo es el venado macho blanco que una vez muerto es ataviado con plumas y un gran signo solar.

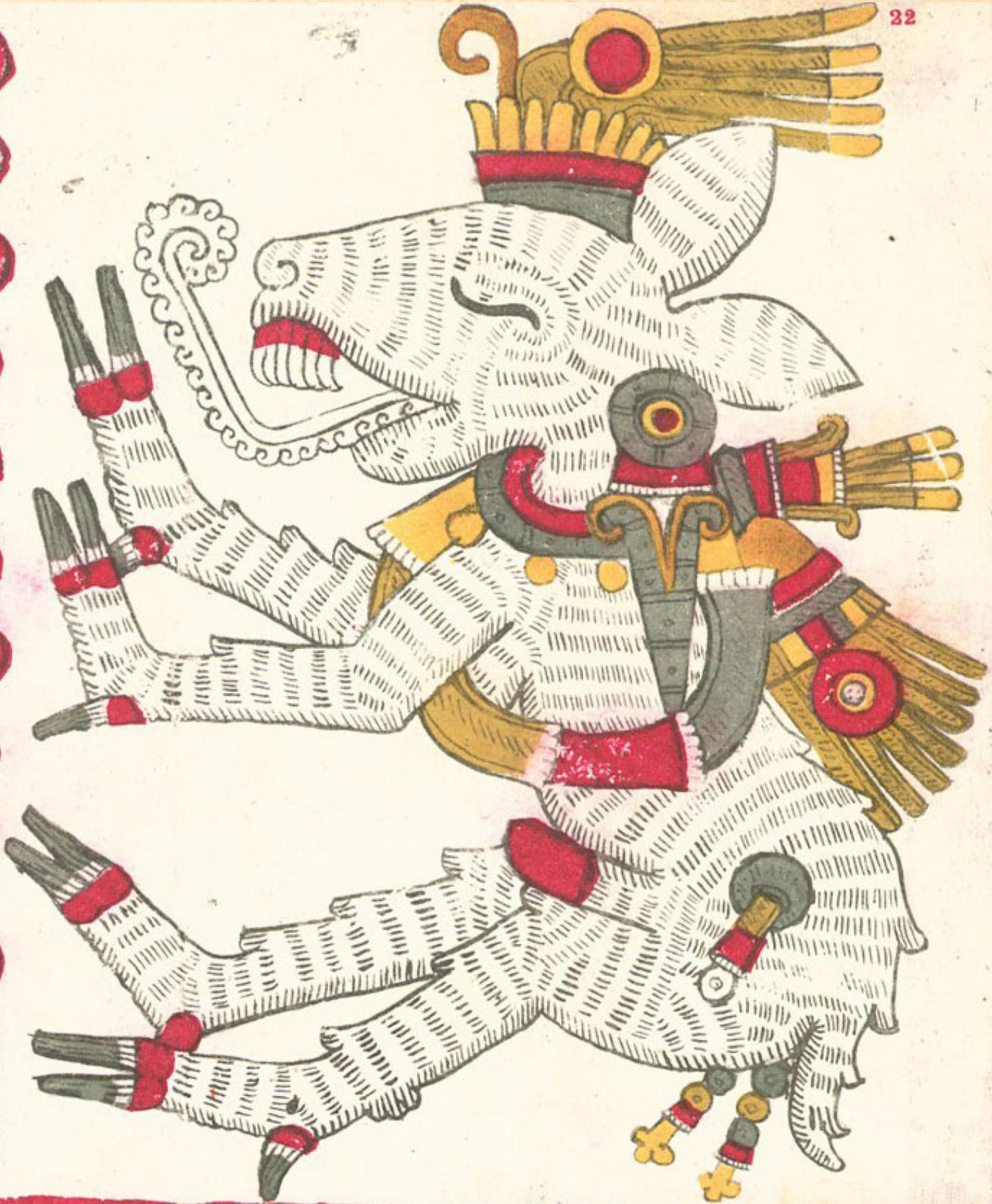
Incluso existían correlaciones calendáricas de carácter adivinatorio según el cuerpo del venado. En el Códice Borgia y el Códice Tudela aparecen esquemas del *tonacayo matzatl* (venado de nuestra carne), donde cada uno de los 20 signos de los días que se utilizaban en el calendario ritual de los 260 días, están relacionados con deferentes partes del venado. Cada día era el destino según su relación con el día de nacimiento. Para las astas del venado en el Borgia la izquierda estaba asociada al día zopilote (*cozcacuauhtli*) y la derecha al movimiento (*ollin*). En el Tudela no aparecen las astas, pero las orejas están relacionadas con los nacidos como “bien entendidos” en los signos calendáricos del ocelote y de la caña.

El ejemplar de asta de venado cola blanca colocada ritualmente quemado en el altar empedrado que fue descubierto en la Zona Arqueológica El Tlatoani, contiene elementos culturales que nos remiten a esta tradición que sintetizó durante el final del período Posclásico Temprano y comienzos del Posclásico Medio (1200-1350 años de nuestra era) elementos culturales toltecas y chichimecas.





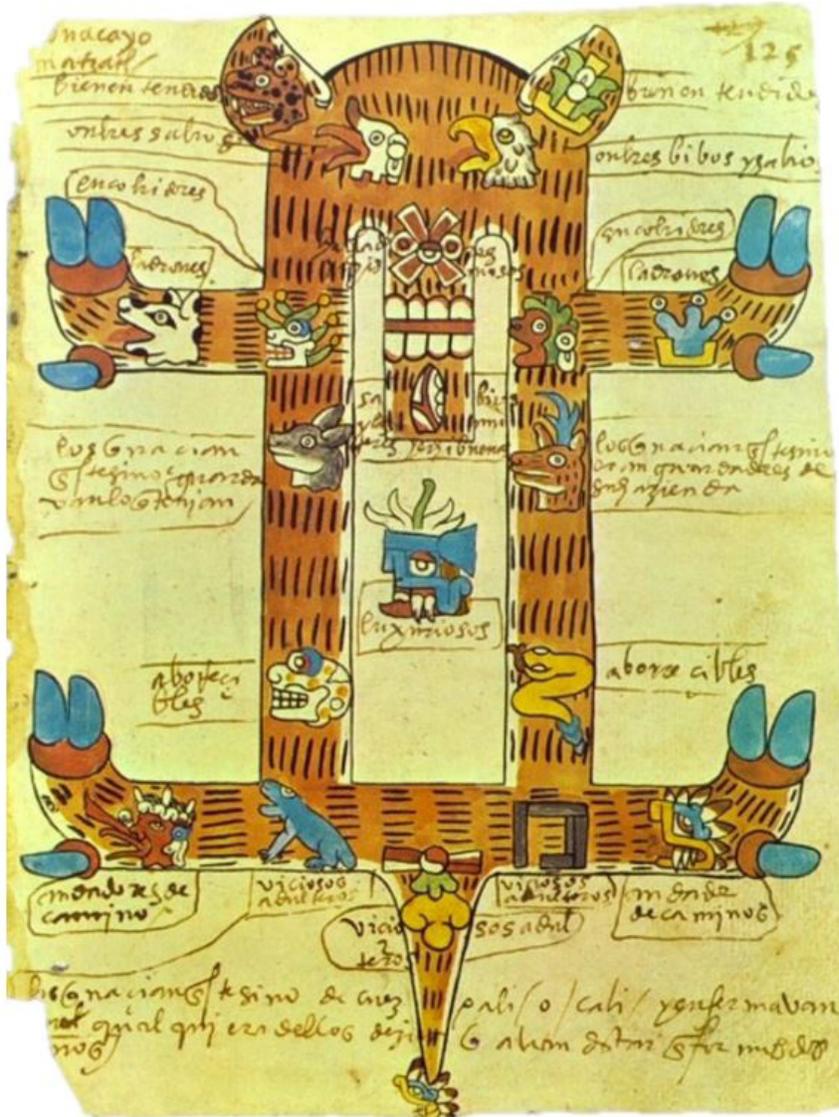
El venado macho rojo de la lámina 22 del Códice Borgia. En las trecenas del Oriente, en el momento de la cacería, de su boca y lomo surge sangre y es atravesado por una flecha, agoniza y su lengua lo denota. (Tomado de <https://it.wikipedia.org/>).



El venado macho blanco de la lámina 22 del Códice Borgia. En las trecenas del Norte, está muerto y adornado, muestra pulque en su boca, plumas y adornos en cabeza, lomo y un gran signo solar en su cuello. (Tomado de <https://it.wikipedia.org/>).



Lámina 53 del Códice Borgia donde se observa la correlación mántica de los 20 días según las secciones del venado, a las astas les corresponde el día zopilote y el día movimiento (Tomado de <https://it.wikipedia.org/>).



Folio 125r del Códice Tudela, muestra también la correlación mantica de los 20 días según las secciones del venado. No aparecen las astas, pero en las orejas aparecen el día ocelote y caña, ambos se indican como días de nacimiento de los "bien entendidos" (Tomado de <https://it.wikipedia.org/>).

El animal recientemente cazado habría sido quizá destazado en campo o quizá cargado completo y cortado en las inmediaciones del altar. Sus astas le habrían sido cortadas y se ejecutó un ritual donde el fuego estuvo implícito. No sólo se trató de una estrategia cinegética para proveerse de carne, sino que se recuperó su asta para integrarla en el altar donde quizá en cada cacería se llevarían a cabo rituales para propiciar el éxito en la cacería y el mito de *Mixcóatl*-venado se recrearía. Sabemos etnohistóricamente que las astas con el cráneo podían ser utilizadas para adivinar la localización de los enemigos o de las presas de cacería (Olivier 2015:207) y quizá esta era también una de las funciones del altar.

Los huesos de *Piltzintecuhtli*, de *Mixcóatl* fueron colocados en el inframundo del altar, y en cada momento que los cazadores regresaban al *mazamilli* buscando presas regresarían con la carne del dios. Eventualmente también se realizarían rituales con la presa sobre el altar, reiterando el mito donde *Quetzalcóatl* baja al inframundo a darle vida a su padre *Mixcóatl* que retorna en forma de venado.

El mito ampliamente difundido en América Media, recibiría la distinción de las circunstancias locales de los habitantes de El Tlatoani, que en sus cerros, quebradas, manantiales le darían el matiz de un sistema de valores locales mezclados con los elementos esenciales compartidos ampliamente por los habitantes de América Media.

BIBLIOGRAFÍA

Carrasco, David y Scott Sessions

2010 Una travesía interpretativa por el Mapa Cuauhtinchan núm. 2. En *Cueva, ciudad y nido de águila. Una travesía interpretativa por el Mapa de Cuauhtinchan núm. 2*. David Carrasco y Scott Sessions (editores). Pp. 1-24. University of New Mexico Press. Albuquerque.

Dehouve, Danièle

2009 El conjuro para cazar venados de Ruiz de Alarcón. *Estudios de Cultura Náhuatl*. No. 40:299-331.

Durán, Fray Diego

1880 *Historia de la Indias de la Nueva España Y Islas de Tierra Firme. Tomo II*. Imprenta de Ignacio Escalante. México.

Kirchhoff, Paul; Lina Odena Güemes y Luis Reyes García

1976 *Historia Tolteca-Chichimeca*. INAH, México.

Olivier, Guilhem

2015 *Cacería, sacrificio y poder en Mesoamérica. Tras las huellas de Mixcóatl, "Serpiente de Nube"*. Fondo de Cultura Económica, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos. México.

Smith, Michael

2006 La fundación de las capitales de las ciudades-estado aztecas: la recreación ideológica de Tollan. En *Nuevas Ciudades, Nuevas patrias. Fundación y Relocalización de Ciudades en Mesoamérica y el Mediterráneo Antiguo*. Publicaciones de la S.E.E.M. Num. 8. Ma. Josefa Iglesias Ponce de León et al. (Editores). Pp. 257-290. Sociedad Española de Estudios Mayas. Madrid.

Talavera, Jorge, Juan Martín Rojas y Enrique García

2001 *Modificaciones culturales en los restos óseos de Cantona, Puebla. Un análisis bioarqueológico*. INAH. México.

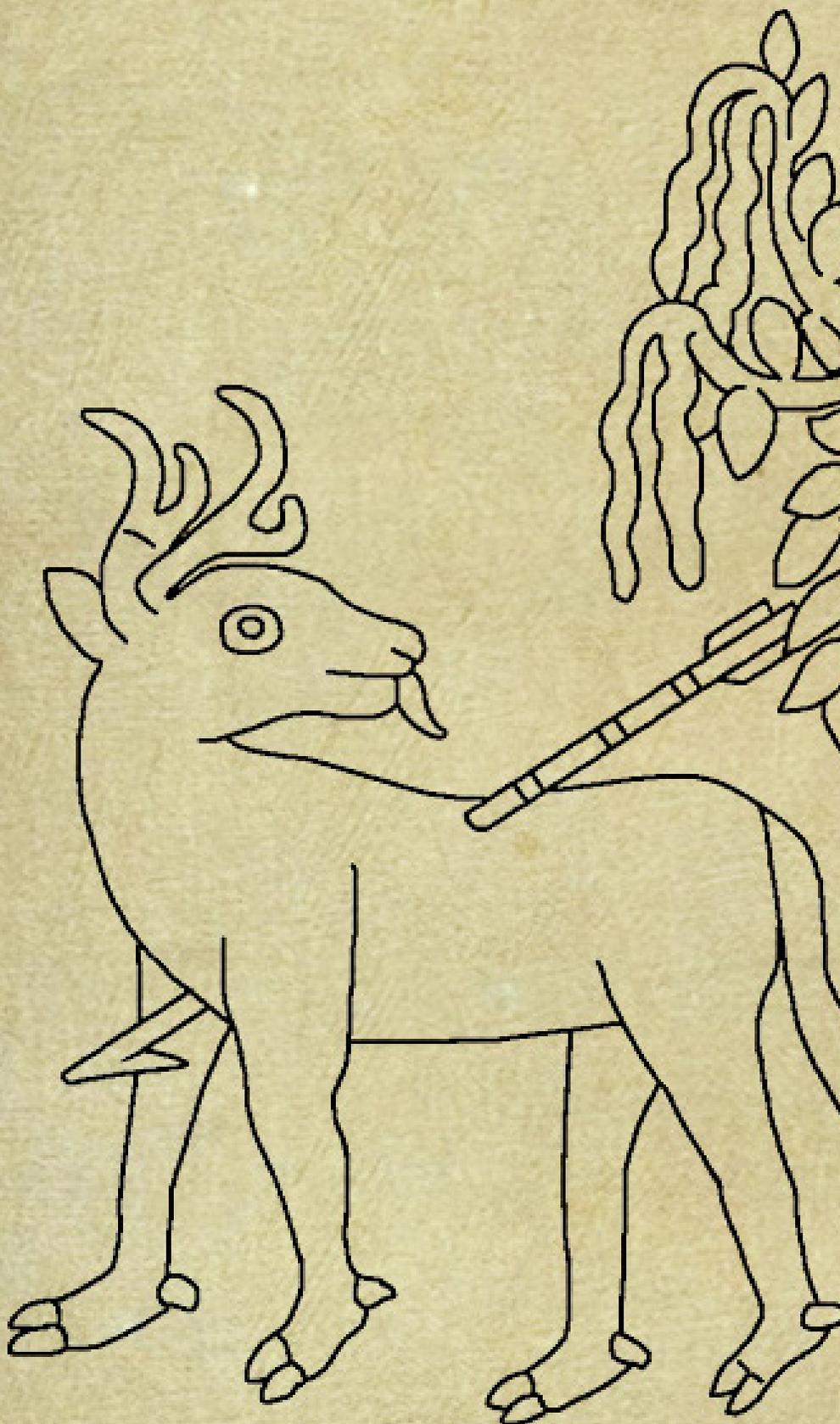
Valdovinos Rojas, Elda Vanya

2019 *El paisaje simbólico. Una mirada al arte rupestre del norte de Morelos*. Tesis Doctorado en Historia del Arte. Universidad Nacional Autónoma de México. CDMX.

Yoneda, Keiko

2010 Glifos y mensajes en el Mapa de Cuauhtinchan núm. 2. Chicomoztoc, Itzpapalotl y 13 Tecpatl. En *Cueva, ciudad y nido de águila. Una travesía interpretativa por el Mapa de Cuauhtinchan núm. 2*. David Carrasco y Scott Sessions (editores). Pp. 161-203. University of New Mexico Press. Albuquerque.





CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



Coordinador editorial:
Raúl González Quezada

Nuestras redes sociales:



/Centro INAH Morelos

SUPLEMENTO CULTURAL
el tlacuache
CENTRO  INAH MORELOS

**Órgano de difusión de la
comunidad del INAH Morelos**

Consejo Editorial

Erick Alvarado Tenorio

Giselle Canto Aguilar

Eduardo Corona Martínez

Raúl González Quezada

Mitzi de Lara Duarte

Luis Miguel Morayta Mendoza

Tania Alejandra Ramírez Rocha

*El contenido es responsabilidad
de sus autores.*

Karina Morales Loza
Coordinación de difusión

Emilio Baruch Quiroz Tellez
Formación y diseño

Apoyo operativo y tecnológico
**Centro de Información
y Documentación (CID)**

Sugerencias y comentarios:
difusion.mor@inah.gob.mx

Ilustraciones y viñetas:
Gonzalo Gaviño Vidarte

Crédito portada/contraportada:
Escena de cacería de un venado representada
en la lámina 1 del Mapa Quinatzin (Dibujo de
Gonzalo Gaviño Vidarte).

Centro INAH Morelos
Mariano Matamoros 14,
Acapantzingo, Cuernavaca,
Morelos.